

078. Los “¡Ay!” de Jesucristo

San Agustín, con su agudeza de siempre, escribía: “*No dijo Jesucristo ¡Ay del mundo por las guerras!, ¡Ay del mundo por los tiranos! —y seguimos nosotros—, ¡Ay del mundo por los que oprimen al pobre!, ¡Ay del mundo por los revolucionarios!..., sino que dijo: “¡Ay del mundo por los escándalos!”*, y dijo esto porque sabía que los escándalos son mucho peores para el mundo” que todos aquellos otros males.

Todos estamos muy conformes con la agudeza de Agustín, porque, desde luego, lo estamos más que de sobra con Jesucristo...

El Catecismo de la Iglesia Católica, al recordarnos hoy este punto, lo titula “El respeto a la dignidad de las personas”, “El respeto del alma del prójimo”, y define el escándalo diciendo que es “*la actitud o el comportamiento que induce a otro a hacer el mal*” (2284-2287)

¿Es oportuno hablar hoy de cosa semejante?

No deja de ser curioso el que modernamente presumamos tanto del respeto a la persona, de la dignidad personal, de los derechos humanos..., y que el gran Catecismo señale con el dedo a tantos y tantos, diciéndoles: ¿Tú asesinas un alma, y dices que tienes respeto a los demás? Con ciertas actitudes tuyas, disparas como con metrallera, caiga quien caiga, ¿y no paras en los tribunales?...

Podríamos amontonar los símiles, pero nos quedaríamos cortos ante el que usó Jesucristo. Allí, en Cafarnaúm, cara al lago, tenía a la vista las enormes ruedas de molino, conservadas hasta nuestros días entre sus ruinas, y dijo el Señor: “*Vendrán siempre escándalos. Pero, ¡ ay de aquel por quien venga el escándalo! Más le valdría que le ataran una piedra de molino al cuello, de esas que mueve un asno, y lo arrojaran al fondo del mar*” (Mateo 18,6)

¿Por qué esta reflexión es hoy más oportuna que nunca? Porque las condiciones de la vida moderna, y los medios de comunicación sobre todo, globalizan el mal de manera que se difunde con mayor celeridad y extensión que la enfermedad más peligrosa.

El mismo Catecismo, con palabras del Papa Pío XII, acusa sin miedo:

- Se hacen culpables de escándalo quienes instituyen leyes o estructuras sociales que llevan a la degradación de las costumbres y a la degradación de la vida religiosa, o a condiciones sociales que hacen difícil y prácticamente imposible una conducta cristiana conforme a los Mandamientos.

Diríamos, con otras palabras, que el mundo moderno, debido a las enormes cantidades de dinero que produce la explotación del vicio en sus formas más variadas — droga, alcohol, sexo, modas, y tantas cosas más—, y con los poderosos medios de comunicación que posee, difunde el mal como no se podía pensar en siglos anteriores. Así, el escándalo se ha convertido en una institucionalización del mal:

La injusticia social, que oprime a los pobres.

La inmoralidad sexual, que profana el amor y degrada a las personas.

El consumo de la droga y el abuso del alcohol, que destruye a tantos seres humanos.

La fabricación y la venta irresponsable de armas.

El propagar creencias religiosas que no miran para nada a Dios, sino a la destrucción de la Iglesia Católica o de las otras Iglesias separadas, pero serias y dignas de todo respeto.

Todo eso es escándalo. Todo eso es lo que llenó de indignación a Jesucristo. Todo eso es lo que a nosotros nos preocupa. Todo eso es lo que nos hace estar alerta para no colaborar nunca con el mal.

En la historia de la Iglesia —que siempre ha mirado con tanto horror el escándalo—, se han dado muchas conversiones ruidosas, de hombres y mujeres que se dieron cuenta del mal que hacían, y quisieron reparar después, con una vida ejemplar, todo el mal que antes habían causado.

¿Sabemos quién era Norberto? Tenía treinta y tres, años y llevaba una vida alegre y entregada al placer desordenado. Su condición de primo del Emperador de Alemania le facilitaba todavía más las ocasiones de multiplicar sus conocidos escándalos. Un día sale de viaje montado en su caballo, y no lleva consigo más que a un criado. Se encapota de repente el cielo, y se desata una tempestad formidable, peor que un ciclón. El paje, ante el peligro inminente de morir:

- ¡Vuélvase, vuélvase!

Pero Norberto adivinaba otra voz que le decía, como a Saulo ante las puertas de Damasco:

- *Norberto, Norberto, ¿qué haces? ¿Qué le estás haciendo a mi Iglesia con esos tus escándalos?...*

De repente, no una visión como a Saulo, sino un rayo fulminante y un trueno espantoso le derriban por tierra. Repuesto del susto, y amainando la tempestad, sigue interpretando la voz de la conciencia:

- *¿Qué quieres, Señor, que haga?*

- *Deja de hacer tanto mal, haz el bien, y recobra tu paz...*

Aquel cortesano toma en serio la vida. Se convierte del todo a Dios. Y para reparar todo el mal anterior, se retira a la soledad y funda la Orden Premonstratense, de canónigos y monjes dados a la oración y a la penitencia. Hoy lo conocemos en la Iglesia con el nombre de San Norberto.

Cuando Jesús habló de manera tan terrible sobre el escándalo, le había dado ocasión algo totalmente diverso, como fue su encuentro con aquel niño, del que dijo: *“Quien acoge a un niño como éste, me acoge a mí”* (Mateo 18,1-11) ¿Por qué el mundo, en vez de hacer el mal, no se empeña en guardar la inocencia de quienes llevan al lado unos ángeles que miran de continuo al Padre celestial?... ¡Es tan bello hacer el bien, y se lleva tan grandes bendiciones de Jesucristo!...